

## BIOGRAFÍA E HISTORIA

Red "Teoría y práctica de la biografía"

*Le singulier et le collectif à l'épreuve de la biographie*

College d'Espagne, 9-10 de febrero de 2010

Pedro Ruiz Torres  
Departamento de Historia Contemporánea  
Universidad de Valencia

De entre la confusión que hoy percibimos a propósito de nuestras relaciones con los distintos pasados, no es poca la que afecta al género biográfico. Resulta difícil describir el estado actual de la biografía. ¿Se encuentra en auge o está en crisis?, ¿hay un retorno de la biografía o una transformación sustancial?, ¿es una empresa bien valorada o despierta recelos y sospechas? Conviene una aclaración antes de seguir adelante, ¿de qué estamos hablando? Por biografía entendemos muchos productos intelectuales de diversa factura. Las librerías están llenas de biografías para un amplio público, pero pocas de ellas constan en los programas universitarios. En el medio académico o en un determinado campo de saber, sólo ciertas formas de biografía gozan de aceptación, pero el valor dado a unas o a otras depende de la trayectoria intelectual de cada país, por lo demás muy variable. Así es posible considerar el último medio siglo la edad de oro de la biografía y asimismo estar de acuerdo en que el auge de la biografía es un fenómeno de hace un par de décadas. No son dos afirmaciones contradictorias, hablamos de dos cosas distintas. Por una parte, del éxito de las biografías literarias en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XX. Por otra, del auge de la biografía política tras el cambio de rumbo, en los años ochenta, de la historiografía académica en buena parte de Europa continental.<sup>1</sup> Para mayor dificultad, y sin salirse de la historiografía académica, ese cambio de rumbo a favor del enfoque biográfico está lejos de ser un fenómeno general, como lo prueba la historia económica. A cambio, resultaría problemático empeñarse en averiguar cuándo las biografías perdieron relieve en la historia de la ciencia, porque las biografías de científicos han seguido publicándose en buen número y con regularidad durante todo el siglo XX<sup>2</sup>.

En consecuencia, tal vez convenga formular la cuestión de una manera que no se preste a equívoco. El problema no es el atractivo de las biografías para un amplio público, algo que viene dándose desde hace tiempo. Si se

---

<sup>1</sup> Lucy Riall, "The Shallow End of History? The Substance and Future of Political Biography", *Journal of Interdisciplinary History*, XL, 3 (Winter 2010), pp. 375-376, explica de la siguiente manera la diferencia entre la opinión de Michael Holroyd, en *Work on Paper: The Craft of Biography and Autobiography*, London, 2002, p. 6 (the last forty years "may be seen as a golden age of biography") y la de Roger Lockyer, en "Writing Historical Biography", *History Today* (November 1984), p. 46 (the writing of biography is for many historians "not a desirable or even a legitimate pursuit"). El primero se refiere a las biografías de escritores eminentes, especialmente anglosajones (Oscar Wilde, James Joyce, Percy Bysshe Shelley, Samuel Taylor Coleridge, Thomas Hardy, Lytton Strachey), y el segundo a la poca reputación de la biografía política entre los historiadores académicos a principios de los años ochenta.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, las ochenta y ocho biografías en inglés publicadas de manera casi continua desde el año 1885 hasta 2009, que se incluyen en el cuadro elaborado por Janet Browne, "Biography and the Changing Representations of Charles Darwin", *Journal of Interdisciplinary History*, XL, 3 (Winter, 2010), pp. 352-357.

tratara de poner en relación ese atractivo con el cambio cultural o convertirlo en indicador o signo de una época que pone al yo en el lugar antes ocupado por lo divino, entonces habría que retroceder bastante en el tiempo para estudiar el fenómeno<sup>3</sup>. Tampoco creo que el auge reciente de la biografía en el medio académico, por lo demás muy relativo y parcial como acabamos de ver, sea una cuestión problemática, si con ello nos referimos a que los historiadores profesionales han tomado nota de los gustos de un amplio público y buscan un mayor número de lectores para sus libros. El verdadero problema en mi opinión es otro. ¿Cómo hemos pasado de una radical diferenciación entre biografía e historia, que separó ambos géneros desde antiguo, a la estrecha relación entre biografía e historia por la que se pronuncia hoy un buen número de historiadores? ¿Qué transformaciones en la biografía y en la historia han hecho posible la inclusión de la primera en la segunda, o si se prefiere, la integración de los relatos de vida en la escritura de la historia?

Para dar cuenta del referido cambio no son suficientes las razones que se han dado. De manera reiterada aparece como motivo principal del auge de la biografía la supuesta ruptura con los “paradigmas” dominantes en las ciencias sociales y en la historia social: marxismo, estructuralismo, positivismo, etc. En la historiografía se habría dado “una tendencia creciente a la individuación, a ocuparse de personas singulares, de acontecimientos”, lo que respondería “a la vigencia actual, visible en los más diversos campos, de un ‘paradigma’ individualista”<sup>4</sup>. Sin embargo, el interés por el individuo y por los acontecimientos es muy viejo entre los historiadores, y los relatos de vida en la historiografía académica de la segunda mitad de los setenta y primera de los ochenta ni mucho menos iban en contra de la historia social. La extensión del campo de la historia a los excluidos hasta entonces de la memoria, gracias a las investigaciones sobre las culturas subalternas o dominadas (cultura popular, historia de las mujeres, historia oral)<sup>5</sup>, preparó el terreno y en cierto modo fue una consecuencia del desarrollo de la historia social. La discontinuidad también se dio, porque había una voluntad de ir más allá de la historia impersonal o colectiva y recuperar la individualidad y la subjetividad de los otros. Las experiencias personales adquirieron tanto o más relieve que las acciones y las tendencias colectivas,

---

<sup>3</sup> J.C. Davis, “Decadencia final de una necesidad cultural: la biografía y su credibilidad intelectual”, en J.C. Davis, I. Burdiel, eds., *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, València, PUV, 2005, pp. 44-45, considera “que el empeño biográfico que ha sido un esfuerzo tan prominente en la tradición historiográfica de Occidente a través de los últimos cientos de años está cargado de presuposiciones culturales”. Dentro de esa misma cultura, “hay una inquietud reciente sobre si la preocupación por la personalidad e individualidad ha llevado a un exceso”. En términos de la relación entre ámbitos privados y públicos, “una transformación cultural y biográfica tiene lugar a lo largo de los dos últimos siglos”.

<sup>4</sup> Antonio Morales, “En torno al auge de la biografía”, inicialmente publicado en *Revista de Occidente*, 74-75 (1987), pp. 61-76, reproducido en *En el espacio público. Ensayos historiográficos*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2008, pp. 91-100 (la referida idea queda expuesta en la p. 93). Xosé Ramón Veiga Alonso, en “Individuo, sociedad e historia. Reflexiones sobre el retorno de la biografía”, *Studia historica. Historia contemporánea*, 13-14, p. 139 también considera “la preponderante actualidad del paradigma individualista” una de las dos claves del auge de la biografía, la otra sería “las horas bajas de la utopía colectivista”, con todo lo que comportaba de socialización de la persona y esfuerzo colectivo.

<sup>5</sup> Sabina Loriga, “La biographie comme problème”, en Jacques Revel, dir., *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Paris, Hautes Études/ Gallimard-Le Seuil, 1996, p. 209.

y se reconsideró drásticamente la relación entre ambas. Sin embargo, la novedad fue la revalorización del relato de vida entre los historiadores plenamente identificados con la "historia desde abajo", con la recuperación del individuo que no pertenecía a la categoría de los "grandes hombres". Sólo los "grandes hombres" -en el gobierno, en la política y en la guerra, en las artes y en las ciencias, en el plano intelectual- habían aparecido hasta entonces con personalidad propia en la mayoría de los libros de historia. Por lo general, sólo ellos eran vistos como individuos con nombre y apellido, tanto por la historia política tradicional, como por la historia económica y social, mientras los demás eran seres anónimos, en todo caso sujetos colectivos: el pueblo o la nación, unas u otras clases o grupos sociales. Los "grandes hombres" seguían siendo los únicos que daban origen a biografías, por mucho que en el transcurso del siglo XX éstas y aquéllos hubieran perdido algo de su antiguo crédito de consuno. En ese sentido, la situación empezó a cambiar en la segunda mitad de los años setenta.

Los primeros relatos de vida incluidos en estudios con el enfoque de la "historia desde abajo" en absoluto trajeron un retorno a la biografía, al menos tal y como ésta se entendía entonces, del mismo modo que la nueva forma de "hacer historia" tampoco fue una vuelta a la narración histórica tradicional, por mucho que erróneamente algunos historiadores lo vieran de esa forma<sup>6</sup>. Para ilustrar la afirmación anterior mencionaré algunos de los libros publicados entre 1975 y 1985 con mayor impacto en la historiografía.

Carlo Ginzburg sacó del olvido a Domenico Scandella, conocido por Menocchio, un molinero del pequeño pueblo de Montereale en el Friuli. Gracias al citado historiador conocemos algo de su vida en el siglo XVI, sobre todo de lo que pensaba y le llevó a ser interrogado, condenado y ejecutado por la Inquisición, pero en ningún momento el autor del libro menciona la palabra biografía. Su objetivo está muy claro desde el principio: una indagación en la cultura popular, sin intermediarios, a partir de los protagonistas de dicha cultura<sup>7</sup>. Tampoco guarda relación alguna con el género biográfico la pretensión de Emmanuel Le Roy Ladurie de recoger los testimonios de los campesinos de Montailou, una localidad de Occitania del Sur, a principios del siglo XIV, también sin intermediarios, unos testimonios que han llegado hasta nosotros gracias al celo inquisitorial de un obispo en el siglo XIV. Son "campesinos de carne y hueso", con nombre y apellido, como lo tienen los demás personajes de distinta extracción social implicados en el relato, pero la investigación se concibe de un modo etnográfico, como una "monografía aldeana". Para ello trata los aspectos más diversos, desde la economía, el matrimonio y las estructuras sociales, hasta la magia, la religión y el mundo del más allá<sup>8</sup>. Por su parte, Giovanni Levi estudia "un fragmento minúsculo del Piamonte del siglo XVII", reconstruye en detalle "las vicisitudes biográficas de cada habitante del

---

<sup>6</sup> No fue el caso de Lawrence Stone, pero su "The Revival of Narrative. Reflexions a New Old History", *Past and Present*, 85 (1979), pp.3-24, contenía la suficiente ambigüedad como para dar pie a semejante identificación. Lawrence Stone, "El resurgimiento de la narrativa. Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 95-120.

<sup>7</sup> Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981 (1ª edición en italiano, 1976), p. 17.

<sup>8</sup> Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montailou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981 (1ª edición en francés, 1975).

pueblo de Santena que haya dejado algún resto documental". La historia de Giovanni Battista Chiesa, el sacerdote exorcista, tiene entidad propia en el libro, pero también sirve de pretexto para una reconstrucción del ambiente social y cultural del pueblo. Aquello que busca el autor es observar una sociedad de cerca con el fin de averiguar las motivaciones y las estrategias cotidianas de un fragmento del mundo campesino del siglo XVII. "La realidad estudiada en este libro ha sugerido un modelo de comportamiento distinto y una perspectiva diferente". En historia y en antropología esos comportamientos venían siendo agrupados bajo una única ley explicativa y, con el "teleologismo habitual", nos hacían ver "en el mundo totalmente mercantilizado del capitalismo la realización plena de la racionalidad económica, antes parcial y latente". Por el contrario, el proceso que genera el cambio tiene ahora otro carácter, con "direcciones imprevisibles fruto del encuentro de protagonistas activos"<sup>9</sup>.

La novedad de las obras citadas admite pocas dudas. No hay retorno de la biografía o del relato de vida concebido al modo tradicional, pero tampoco una identificación con las formas de historia económica y social de mayor influencia en los años cincuenta, sesenta y setenta (la historia de las estructuras y las coyunturas, la historia de la larga duración, la historia cuantitativa, la historia de la sucesión de los sistemas económicos, la historia de la lucha de clases etc.). Dicha historia social despierta crítica e interesa cada vez menos a los investigadores, y no sólo al público en general, en comparación con la historia capaz de decirnos cosas de individuos de muy distinta condición social y cultural. Sin embargo, vuelvo a repetirlo, no hay intención de hacer biografías, sino de proporcionar explicaciones más complejas y convincentes de fenómenos de carácter social o cultural. En vez de proyectar nuestros conceptos y nuestros modelos de análisis social, se trata de descubrir un mundo distinto al nuestro y de recuperar los testimonios de los diversos protagonistas para saber cómo entendían ese mundo. Con razón puede considerarse semejante tipo de historia una historia con enfoque próximo a la antropología social o cultural.

De los libros de historia de mediados de los ochenta con semejante perspectiva tal vez sea *Guillermo el Mariscal*, de Georges Duby<sup>10</sup>, el que mejor hace explícita la diferencia entre historia y biografía. La antigua separación se mantiene, a pesar del tiempo transcurrido y de lo mucho que ha cambiado la disciplina histórica. El libro es todo menos una biografía al estilo convencional. Al hilo del relato de los últimos instantes, la muerte y el entierro del conde Mariscal, el historiador muestra cómo al principio del siglo XIII el orden del mundo feudal requería que cada uno permaneciera encerrado "en un tejido de solidaridades, de amistades, en un cuerpo", en este caso el de los caballeros. El ritual de la muerte mantiene en pie al orden social y trae "una lenta aproximación, reglamentada, gobernada, un prelude, de un estado a otro estado superior, una transición tan pública como lo eran las bodas, tan majestuosas como la entrada de los reyes en sus villas". En el primer capítulo Georges Duby nos hace entender los

---

<sup>9</sup> Giovanni Levi, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés en el siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990 (1ª ed. italiano, 1985), pp. 9-16.

<sup>10</sup> Georges Duby, *Guillermo el Mariscal*, Madrid, Alianza Editorial, 1985 (1ª ed. en francés, 1984).

sucesivos actos y escenas del ritual de la buena muerte, el despojo material y la forma en que los hombres del tiempo y de la situación social del Mariscal viven el cristianismo, precisamente en una época en que esas formas de devoción evolucionan muy deprisa. Asimismo nos damos cuenta de la importancia del funeral, a la medida del honor del conde. En el segundo capítulo la atención se centra en el deber de arraigar la imagen en el recuerdo para mayor gloria del linaje. La memoria de Guillermo el Mariscal, conservada en los rezos de las numerosas comunidades de sacerdotes o monjes y en los ornatos de la sepultura, llega también al ámbito profano mediante la palabra, gracias a un poema o canción de gesta para el recitado en público por un lector profesional.

Por fortuna, de un modo excepcional por lo que atañe a aquella época, el texto del manuscrito subiste y es a propósito del mismo que Georges Duby saca a relucir la antigua diferencia entre biografía e historia. Según nos dice, el poema compuesto a la gloria del Mariscal es una biografía, tal vez la biografía más antigua de la literatura francesa. Ahora bien, no es sólo eso. La obra se presenta como una "*vida*", pero también como una "*estoria*" por el siguiente motivo. El autor del poema comparte la preocupación, que desde un centenar de años encontramos en los monasterios y en las colegiadas, "por controlar la información, criticar los testimonios con el mismo escrúpulo que ponen los historiadores de hoy día en la realización de su tarea"<sup>11</sup>. La fuente de dicho relato es la memoria, "memoria exacta, infalible, prodigiosamente rica, la de todos los hombres de este tiempo que no leían, que no escribían"<sup>12</sup>. Así lo prueba el hecho de que nada de lo narrado en la canción se contradiga con dos monumentos de erudición histórica publicados mucho más tarde, en 1891-1901 y en 1933. Las únicas deformaciones provienen del desfallecimiento del recuerdo y de que es "un panegírico, como lo eran las *Vidas* de santos y de reyes; una defensa de sí mismo, como lo son siempre las memorias", que exageran los méritos, dejan en la sombra los asuntos menos glorioso y borran lo que debilitaría la imagen. El reproche no interfiere en el objetivo del trabajo de Duby, tal y como lo concibe a mediados de la década de los ochenta, porque "me preocupó menos de los hechos que de la manera en que se los recordaba y en la que se hablaba de ellos. No escribo historia de los acontecimientos. Está ya escrita y muy bien. Mi propósito es aclarar aquello que aún está muy poco claro, sacando de este testimonio, cuyo excepcional valor ya he señalado, lo que nos enseña de la cultura de los caballeros. Quiero, simplemente, intentar ver el mundo como lo veían estos hombres"<sup>13</sup>.

Nada mejor para llevar a cabo un trabajo de historiador en el sentido expuesto por Georges Duby que una fuente tan directa como la "*vida*" de Guillermo el Mariscal, narrada por alguien que estuvo cerca del conde y echó mano también de la memoria de otros aún más próximos. El tercer capítulo del libro menciona de entrada que "las reglas de este género tan particular construido por las *Vidas* de santos imponían comenzar el relato partiendo de la familia". La evocación de los ascendientes era indispensable,

---

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 38.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p.43.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 44-45, y prosigue: "Hablo efectivamente de hombres. Este mundo es masculino. Sólo los varones cuentan. Hay que dejar claro desde el principio este rasgo, fundamental: existen pocas figuras femeninas en el poema, y sus apariciones son furtivas"

porque esta época “consideraba a la santidad como atávica” y otro tanto sucedía con el valor. “La *Vida* de Guillermo el Mariscal comienza en consecuencia por el linaje”<sup>14</sup>. El historiador actual que investiga la cultura de los caballeros medievales utiliza el relato para decirnos muchas cosas sobre las funciones de mariscal de la corte heredadas del abuelo paterno, las estrategias matrimoniales de la época, el aprendizaje de la vida de los hijos de los caballeros, las relaciones de parentesco, el estado monárquico en camino de desligarse del embrollo feudal etc. La *Vida* de nuestro héroe sigue proporcionando en los dos últimos capítulos del libro de Duby abundante información para la historia cultural que se propone el autor de *Guillermo el Mariscal*, hasta acercarse al momento final descrito al principio. No seguiré comentando el resto del libro porque es la diferencia entre “*vida*” y “*estoria*”, tan persistente como antigua, lo que me interesa destacar.

Sabemos que desde el mundo clásico la biografía y la historia han sido dos géneros literarios concebidos de manera muy diferente. El relato de una vida, cualquiera que sea el fin perseguido y el modo de configurarlo, no es lo mismo que la narración puesta por escrito de las investigaciones sobre cierta clase de hechos, considerados históricos, también esto último con sus variaciones a lo largo del tiempo. Las *historias* de Herodoto, de Tucídides o de Polibio se distinguen de las *Vidas paralelas* de Plutarco; del mismo modo, la *Vida de Samuel Johnson*, escrita por James Boswell, la más grande de las biografías que se ha escrito nunca según algunos, nos parece una cosa y otra muy distinta la monumental *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, de Edward Gibbon, a pesar de haber sido publicadas ambas en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII. En todas hay hombres y relatos de vidas, en ninguna se prescinde del entorno en el que se desenvuelve la vida individual, por lo que no se encuentra ahí la diferencia. Si la historia está formada por individuos y la biografía examina el entorno de la vida individual, ¿por qué han sido vistas durante tanto tiempo como dos géneros diferentes? En las biografías la vida de la persona, con su comienzo y su final, pasa al primer plano, mientras en las historias el trabajo de investigación y de escritura se dirige a hacer inteligibles ciertos hechos de especial relevancia para una colectividad, sea imperio, nación o formación social. Tanto la biografía como la historia pretenden dar cuenta del pasado real y para ello recurren a las formas diversas de memoria en vez de a la ficción, incluso se someten a la exigencia de la prueba, pero la primera pone al individuo en el centro y la segunda se interesa por acontecimientos de gran importancia para la vida de un pueblo o de una nación, por sucesos que marcaron época<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 67.

<sup>15</sup> Arnaldo Momigliano, “La tradición y el historiador clásico”, en *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp.146-150, nos hace ver cómo la historiografía de los grandes autores clásicos, “lejos de ser un estudio de ciudades o Estados particulares, se ocupaba de procesos que afectaban a muchos Estados y territorios, incluso a varios imperios”, en contraste con “la historiografía ‘menor’, compilada en nombre del orgullo y los prejuicios locales”. Para la historia concebida según el modelo de Herodoto y de Tucídides, escribe el citado historiador en las conclusiones de su libro *The Development of Greek Biography*, edición ampliada, Harvard University Press, 1993, pp. 109-111, la biografía era un género menor, más próximo a la ficción que a la realidad, no en vano tomaba a veces la forma de conversaciones imaginadas, de la mitificación del personaje o de la hagiografía.

Desde la antigüedad clásica la diferencia entre biografía e historia ha sido valorada de dos maneras contrapuestas. Ciertos autores reivindicaron para la biografía un papel superior al de la historia por su proximidad a la poesía. Aristóteles consideró a la poesía más filosófica y elevada que la historia, pues aquella relata lo universal y ésta en cambio lo particular, aun cuando los historiadores griegos y romanos se negaron a reconocer semejante jerarquía. Para Tucídides la historia era de una gran utilidad a la hora de formarse una idea de ciertos hechos y de aquellos otros semejantes que podían ocurrir en el futuro, una capacidad de anticipación o predicción en definitiva que muchos siglos después reivindicó Maquiavelo<sup>16</sup>. Polibio, en el libro primero de su *Historias*, quiso ir más lejos que sus predecesores y, en vez de investigar guerras particulares, como según él hacía “la historia monográfica”, se propuso dilucidar “la estructura general y total de los hechos ocurridos, cuándo y de dónde se originaron, y cómo alcanzaron su culminación”. Para ello optó por la comparación de todos los hechos para percibir sus semejanzas y diferencias, por cuanto así se conseguía la mayor formación y preparación política que proporciona la historia<sup>17</sup>. ¿Cómo iba a competir la biografía con una historia de semejantes pretensiones? Tan sólo era posible en la medida en que la biografía ofreciera modelos de pensamiento y conducta a partir de individuos de los que el lector se sintiera próximo y, por tanto, si había de por medio una generalización con un fin moral y educativo, como en las *Vidas* de Plutarco. Todavía a finales del siglo XVIII, en la *Vida de Johnson* de James Boswell, podía sostenerse la ventaja de ese tipo de biografía sobre la historia, el viejo rival en los géneros de la memoria<sup>18</sup>. Sin embargo, por entonces la historia experimentaba una gran transformación movida por unas pretensiones que la alejaban aún más de la biografía, justo cuando la modernidad empezaba a consolidarse.

La aludida transformación, entre 1750 y 1850, es bien conocida gracias entre otros a Reinhart Koselleck<sup>19</sup>. Dicho en pocas palabras, la experiencia de un pasado que se desvanecía cada vez más rápido desplegaba a contracorriente “el deseo y la inclinación hacia la historia”. La historia quedó entonces asociada con la duración, mejor todavía con la idea de *proceso*<sup>20</sup>,

---

<sup>16</sup> Juan José Carreras, *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2003, pp. 12-13.

<sup>17</sup> Polibio, *Historias*, libro I, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1991, pp. 13-20.

<sup>18</sup> Frank Brady, en su “A modo de prólogo” a James Boswell, *Vida de Samuel Johnson*, edición y traducción al castellano de Miguel Martínez-Lage, Barcelona, Acantilado, 2007, p. III (el texto de Brady fue publicado por primera vez en 1984) hace hincapié en ello: “En lo esencial, somos seres de dimensión ética; nuestro conocimiento intelectual del mundo es, en comparación, poco importante. Y la biografía tiene una ventaja sobre la historia, que es su rival en los géneros de la memoria: ofrece modelos de pensamiento y conducta más individuales que generales”. La frase se presta a equívoco, porque un modelo siempre tiene un carácter general. Ha de entenderse que lo propio de la biografía ética es que la generalización se hace a partir del relato de la vida de un individuo. Por su parte, Jacques Revel retoma la distinción de Aristóteles entre poesía e historia y destaca que Plutarco, al inscribirse en una doble referencia al filósofo griego y a la pintura, “reivindica para el biógrafo el derecho a estilizar la realidad de la experiencia vivida para permitirle dar testimonios de un valor y alcance generales”, *vid.* “La biografía como problema historiográfico”, en *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manatíal, 2005, p. 220.

<sup>19</sup> Reinhart Koselleck, *Historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004; *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

<sup>20</sup> Hannah Arendt, “Historia e inmortalidad”, en *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós/I.C.E.-U.A.B., 1995, pp. 47-73.

justo en una época en que el espacio de experiencias heredado coincidía cada vez menos con las expectativas de futuro emergentes. Ahora bien, si la meta de la historia es el pasado, lo devenido, y no el proceso abierto a un futuro que cambiaba tan deprisa, ¿cómo va a ser capaz de decirnos algo sobre dicho proceso? En un primer momento la filosofía de la historia tomó la delantera, con un planteamiento que debía mucho a la modalidad de racionalismo secularizador que el siglo ilustrado había dejado en herencia. Wilhelm von Humboldt lo expuso de la siguiente manera: “el investigador filosófico de la historia persigue a menudo las revoluciones del género humano, llena con hipótesis los huecos que deja la tradición, ve surgir el pasado en el presente, se figura a partir de éste el futuro que tiene que desarrollarse ahora, intenta precisar el objetivo al que aspira este todo eternamente despierto y activo, y explica el progreso acompasado de este todo o a partir de la dirección de una potencia sabia, o a partir de la espontaneidad de las fuerzas individuales, que operan de acuerdo con las leyes eternas de su naturaleza”<sup>21</sup>. La cuestión estaba en descubrir las leyes del movimiento humano, las fuerzas humanas que nos permitieran entender la concatenación de todos los acontecimientos del género humano, del mismo modo que se había hecho con las leyes del movimiento del globo terráqueo y de los cuerpos del sistema solar. ¿Se trataba del mismo tipo de leyes? Ahí estaba el problema, porque para dar respuesta a semejante pregunta necesitábamos una investigación propia y para ello “no es lícito que nos sirvamos de proposiciones ni deducciones puras de la razón”. Había que considerar “la experiencia, ya sea la interior en nuestra propia consciencia o la exterior por medio de la observación, la tradición y la historia”<sup>22</sup>. Así quedó abierto el camino para la fundación de la historia como *investigación del pasado*, de manera *empírica*, con un *método* propio y con el fin de entender *el movimiento del mundo humano*<sup>23</sup>.

La condición de la historia como saber diferenciado por la que se pronunció Droysen, de la historia como investigación empírica con un método especial debido a la peculiaridad de su objeto de estudio, resultaba lógica dada la diferencia entre “la mecánica de los átomos” y “el movimiento del mundo humano”. El carácter “moral” de este otro mundo, según el historiador alemán, provenía de la voluntad y el querer, que es individual y libre, pero como ambos tienden a la perfección, a un permanente progreso, están bajo semejante ley, aun cuando el querer y la voluntad a veces lo dejen de lado. De este modo era posible hacer compatible en el ámbito humano la fuerza de la voluntad y el contenido de la historia, este último “la *humanitas* en incansable devenir, la cultura progresiva”. La voluntad emerge del Yo y es determinada por él, pero el hombre singular vive solamente en su tiempo y muere. La voluntad cooperante de muchos en la familia, en la comunidad y en el pueblo constituye un Yo común que se comporta de manera análoga, pero el pueblo singular no sobrevive eternamente, sino que se transforma, tiene su juventud, envejece y muere. Para que la historia sea ciencia, a lo individual y singular ha de agregarse algo general. ¿En dónde encontramos aquí lo

---

<sup>21</sup> Wilhelm von Humboldt, “Sobre las leyes del desarrollo de las fuerzas humanas” (1791), *Escritos de filosofía de la historia*, Madrid, Tecnos, 1997, pp. 4-5.

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 6-7.

<sup>23</sup> Johan Gustav Droysen, *Historica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* (1857), Barcelona, Editorial Alfa, 1983, cap. I “La Historia”, pp. 7- 22.



general? Según Droysen, en la continuidad del progresar, en la continuidad del trabajo y de la creación progresivos que une los hechos individuales y otorga a cada uno de ellos su propio valor<sup>24</sup>.

Con semejante pretensión científica, la historia se distanció aún más de la biografía, pero no a costa de dejar fuera al individuo, como a veces se piensa. Al contrario, diferenciándose del investigador filosófico de la historia, el historiador científico a la manera de Ranke y Droysen, que en siglo XIX triunfó dentro y fuera de Alemania, tomaría en cuenta la fuerza de voluntad del Yo en el hombre singular y del Yo común y peculiar en cada pueblo o nación. Para ese tipo de historia la fuerza de voluntad individual o colectiva, siempre de carácter particular, tenía trascendencia en el devenir de la humanidad sólo en ciertos casos y esto último era lo verdaderamente importante. Por dicho motivo, había que “poner de manifiesto lo que fue cada pueblo, cada potencia, cada individuo en el momento en que ese pueblo, esa potencia o ese individuo aparece en escena de un modo activo o con un papel dirigente”, sin olvidar que el tema de interés para el historiador era “la humanidad tal y como es”, formada “por la vida de los individuos, de los linajes, de los pueblos”<sup>25</sup>. Cada época tiene su tendencia y su ideal propios y “la misión del historiador consiste en ir desentrañando las grandes tendencias de los siglos y en desenrollar la gran historia de la humanidad, que no es sino el complejo de estas diversas tendencias”<sup>26</sup>.

#### European Network on Theory and Practice of Biography

Para ilustrar lo anterior recurriré a un libro de Droysen publicado en 1833, un libro de historia, a pesar de que hace poco se editó en España con el título ligeramente modificado, en una colección de “grandes biografías”<sup>27</sup>. Me refiero a *Geschichte Alexanders der Grossen*. El propósito del autor ni mucho menos es reconstruir la vida de Alejandro Magno, a pesar de que casi toda la obra esté dedicada a las peripecias políticas y militares de tan destacado personaje. El problema es otro y así se expone en el comienzo del primer capítulo. ¿De dónde sacaron los griegos la fuerza para cometer la hazaña de la destrucción del imperio persa, la conquista de enormes territorios, el triunfo de la dominación de la cultura griega sobre gran número de pueblos de civilizaciones periclitadas y la instauración del helenismo? El nombre de Alejandro Magno marca el fin de una época de la historia del mundo y el comienzo de otra nueva. El historiador se propone trazar la trayectoria histórica de Grecia, un pueblo joven en comparación con las naciones de vieja cultura procedentes de Asia. La necesidad y el afán de aventura hicieron que los griegos se expandieran por el Mediterráneo a través de colonias y les enfrentó a otros pueblos, pero divididos como estaban entraron en decadencia hasta que la unión de las ciudades jónicas para formar un solo Estado marcó el camino de la recuperación. Tras la rivalidad de Atenas y Esparta, le llegó el turno al rey Filipo de Macedonia. Sus éxitos descansaron en el ritmo gradual y medido de su política, con paso seguro y firme.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp.17-21 y 35-40.

<sup>25</sup> Leopold von Ranke, prólogo a *Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1532* (1824), se incluye en *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, la cita en p. 39.

<sup>26</sup> Leopold von Ranke, *Über die Epochen der neueren Geschichte* (1854), también se incluye en *Pueblos y Estados...op.cit. vid.* pp.59-60.

<sup>27</sup> J. G. Droysen, *Alejandro*, Barcelona, RBA, “Grandes Biografías”, 2004.

A continuación Droysen pone de relieve la peculiar organización política de Macedonia, con una monarquía que “distaba tanto del despotismo asiático como el pueblo gobernado por ellos de la esclavitud y el sometimiento servil”<sup>28</sup>. También nuestro autor destaca el carácter popular de su ejército, dentro del cual sobresalía una nobleza de armas que Droysen no considera una clase señorial, así como el reforzamiento del poder real, la política de los reyes de Macedonia de cara a poner a su país en contacto directo con el comercio, la vida política y la cultura de los griegos, y la opulencia y el esplendor de la corte, con una nobleza en torno a ella que imponía respeto a los emperadores atenienses. “Tal era la corte y tal la nación moldeadas por Filipo. Y no estará de más añadir que el elemento monárquico ganó una supremacía indiscutible en la vida del estado macedonio tanto por la posición histórica de ese estado como por la personalidad de su monarca”<sup>29</sup>. El resto del libro trata de cómo Alejandro, tras unos años de disensiones en el seno de la familia real, empuñó con mano rápida y firme el timón del gobierno, restauró la paz y el orden del país y llevó a cabo una colosal empresa militar de derrota del enemigo en el campo de batalla, de conquista y de consolidación de esos éxitos de las armas por medio de una eficaz organización de los nuevos territorios, a pesar de los muchos problemas que surgieron.

Desde luego, para la “historia científica” de Ranke y de Droysen, no por ello privada de ideología política como lo muestra el paralelismo que se establecía entre la antigua Grecia y la moderna Alemania, las acciones políticas de los “grandes hombres” eran de una enorme importancia con vistas a entender la trayectoria histórica de un pueblo y de la humanidad en su conjunto. Así lo piensan también desde entonces muchos otros historiadores de profesión. Una historia semejante marca distancias con la biografía porque no se queda en el relato de una vida con su principio y su final individual, sino que intenta hacer inteligible el curso de la humanidad en las distintas épocas, de una humanidad movida por fuerzas en las que cuenta mucho la voluntad de los hombres y de los pueblos excepcionales. La biografía, por su parte, siguió alejándose de la ficción y para ello resaltaba el material empírico con el que era capaz de conseguir una información verídica que le permitía aumentar su credibilidad, e incluso abogaba por un método riguroso para traer el pasado al presente tal y como realmente ocurrió<sup>30</sup>. De ese modo, el paradigma realista ingenuo de lo que podríamos llamar “la presencia del pasado” cubrió poco a poco a la historiografía y la biografía bajo un mismo manto, y por eso no puede extrañar que haya ido dándose un acercamiento entre uno y otro género en la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX. En un tiempo en que el prestigio de lo real estaba cada vez más por encima del de lo

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 54

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>30</sup> James Boswell, nos dice Frank Brady, quiso presentar a su héroe tanto por extenso como por exactitud, para lo cual movilizó una gran cantidad de materiales de que hizo acopio. El método consistió en escribir la *Vida de Johnson* “en escenas”, es decir, centrar su presentación en conversaciones que se aproximan a las escenas sucesivas de una obra teatral. A la amalgama de lo ético y lo anecdótico a escala épica, añadió una innovación más, de gran trascendencia en el género biográfico: la mimesis, el emplazamiento del sujeto ante los ojos y oídos del lector. La “presencia” era el efecto decisivo que aspiraba a lograr. *Vid.* el prólogo de Frank Brady al libro de James Boswell, *Vida de Johnson...op.cit.*, pp.VII-IX.

imaginario, con el auge creciente de la ciencia positiva y de la literatura realista, la biografía hizo todo lo posible por desprenderse de su antiguo lastre poético. El moralismo hagiográfico dejó paso a la comprensión del carácter del personaje y entre los rasgos más acusados del biografiado, ahora no sólo aparecían sus virtudes, sino también sus defectos, como el egoísmo, la ambición, la incompetencia o los intereses inconfesables<sup>31</sup>. No obstante, en cierto modo se mantuvo la diferencia entre un libro de historia, por mucho que tratara de personajes políticos relevantes, y otro de biografía, aun cuando para entender la trayectoria del individuo ganara cada vez más importancia su entorno social o cultural. El objeto de estudio de cada uno de esos dos géneros continuaba siendo muy diferente, como también la forma y el contenido de ambos tipos de obra escrita. Otra cosa era la manera de concebir el papel del individuo en la historia y la propia historia en relación con el individuo, de muy diversas formas como Sabina Loriga ha mostrado en los casos de Thomas Carlyle, Jacob Burckhardt e Hyppolyte Taine<sup>32</sup>.

Para la historia económica y social que se abrió camino en el siglo XX, hasta alcanzar una hegemonía manifiesta en los años cincuenta y sesenta, aquello que verdaderamente importaba era el estudio de los fenómenos colectivos. Los individuos desempeñaban un papel secundario, cuando no por completo subordinado a las tendencias de carácter impersonal. En esa forma de historiografía las biografías o los relatos de vida apenas interesaron por un doble motivo: daban una excesiva importancia al individuo excepcional y tenían un marcado carácter político en la mayoría de los casos. La historia la hacían todos los hombres, no sólo unos pocos, y las diversas actividades y creaciones de los hombres de otros tiempos iban mucho más allá del ámbito de la política. En semejante idea insistieron Marc Bloch y Lucien Febvre en textos muy conocidos a favor de una ciencia histórica nueva a la medida de un tiempo distinto. Sin embargo, tal cosa ni mucho menos en todos los casos trajo consigo una historia que borrara a los hombres por completo y dejara su curso en manos únicamente de fuerzas profundas. El buen historiador, escribió Marc Bloch a principios de la década de 1940, "se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa"<sup>33</sup>. En esos mismos años, varios textos cortos de Lucien Febvre dieron cuenta de diversos modos de acercarse a lo que representaba Erasmo en su época: "El Erasmo de Augustin Reanaudet", "El Erasmo de Huizinga", "El Erasmo de Marcel Bataillon", el Erasmo del

---

<sup>31</sup> Lytton Strachey, *Victorians eminentes* (1918), prólogo de Dámaso López García, Madrid, Aguilar, 1989.

<sup>32</sup> Sabina Loriga, "La biographie comme problème", en Jacques Revel, dir., *Jeux d'échelles...op.cit.*, pp. 216-226. El "héroe" de Carlyle no encarna el espíritu universal, sino que justamente a la inversa trasciende el devenir humano y juega un papel cósmico. El "hombre patológico" de Burckhard se opone a la "teoría de la perfectibilidad creciente", porque las existencias individuales no permiten la asimilación del presente al progreso, sino un sufrimiento constante, marcadas por la angustia de la libertad y la culpabilidad. El "hombre partícula" de Taine, al que la observación experimental muestra no como una encarnación de la providencia, ni como un símbolo de la civilización, sino como individuo concreto con una psicología enraizada en las condiciones materiales de su existencia y que posible captar en los hechos minúsculos y en las anécdotas, auténticos fragmentos de vida sacados de la misma realidad.

<sup>33</sup> Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Instituto Nacional de Antropología Histórica / Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 139.

propio Lucien Febvre<sup>34</sup>; y uno de los grandes libros del otro padre fundador de la "nouvelle histoire", publicado en 1942, llevaba por título *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*<sup>35</sup>.

La tercera y última parte de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, de Fernand Braudel, "Los acontecimientos, la política y la historia", está llena de individuos importantes desde el punto de vista político o militar. Antes de poner punto y final en 1965 al apartado con que concluye la segunda edición, corregida y aumentada, de dicha obra<sup>36</sup> Braudel afirma lo siguiente. ¿El haber establecido la estrechez de los límites de la acción (como había hecho en las dos primeras partes, "El influjo del medio ambiente" y "Destinos colectivos y movimientos de conjunto") suponía negar el papel del individuo en la historia? El hecho de privilegiar las regularidades de la historia mediterránea y la historia social, entendida esta última en su sentido más amplio con sus movimientos y sus inmovilidades, no pretendía dejar fuera a los individuos del escenario histórico. Sin embargo, "el gran hombre de acción" sólo es "aquel que después de calibrar con justeza lo limitado de sus posibilidades, elige mantenerse dentro de ellas y aprovechar el peso de lo inevitable, ejerciendo su empuje personal en la misma dirección". El "estructuralismo" de Braudel nació de su convicción de que el hombre individual está "encerrado en un paisaje que se extiende ante y detrás de él en esas perspectivas infinitas que hemos llamado la *larga duración*. En el análisis histórico, tal como yo lo veo –con razón o equivocadamente– se impone el tiempo largo. Es un tiempo que aniquila una gran cantidad de acontecimientos, todos aquellos que no puede acomodar en su propia corriente, y que echa a un lado despiadadamente; limita, sin duda alguna, la libertad de los hombres y el papel del azar". Aun dándole tanta importancia a las "auténticas fuentes de la vida en lo que ella tiene de más concreto, cotidiano, indestructible, y de más anónimamente humano", el interés por los "grandes hombres" se mantuvo en la obra de Braudel. Puede verse en las dos biografías políticas de factura más bien tradicional, "Carlos Quinto, testigo de su tiempo" y "Felipe II"<sup>37</sup>, dos relatos de vida de gente importante, que Braudel publicó en la misma década en que mandaba a imprenta sus conclusiones a la segunda edición de *El Mediterráneo*.

No todos los "nuevos historiadores", ni mucho menos, estaban de acuerdo en que el problema esencial, como pensaban Albert Soboul y Ernest Labrousse en 1968, era saber cómo evolucionan las estructuras en varios niveles (el económico, el social, el mental), con ritmos diferentes, y un movimiento procedente sobre todo del interior de la estructura económica, que traería el paso de uno a otro tipo de sociedad, en el siglo XVIII por medio de la revolución<sup>38</sup>. Sin embargo, la preferencia dada en el

---

<sup>34</sup> Textos que en 1957 se incluyeron en un libro de recopilación de artículos, como continuación de *Combats pour l'histoire*, y forman una de las cuatro partes principales de *Erasmus, la Contrarreforma y el espíritu moderno*, Barcelona, Martínez Roca, 1970.

<sup>35</sup> Reedición, París, Albin Michel, 1968.

<sup>36</sup> La edición francesa es de 1965. En la española, vol. II, México, Fondo de Cultura, 1976, pp. 787-795.

<sup>37</sup> Textos de 1966 y 1969, respectivamente, recogidos más tarde en el libro *Autour de la Méditerranée*, Paris, Ed. de Fallois, 1996, y en *Escritos sobre la historia*, Barcelona, Altaya, 1997, pp. 33-76 y 77-124.

<sup>38</sup> Ernest Labrousse y otros, *Las estructuras y los hombres* (1968), Barcelona, Ariel, 1969, pp. 115-124 y 144-149.

análisis histórico a las fuerzas colectivas trajo un escaso interés por el género biográfico, como veíamos al principio. El historiador Carlos Seco, a mediados de la década de los 70, se lamentaba de ello y lo atribuía a la usurpación de la renovación metodológica de los *Annales* por parte de “un estricto materialismo de cuño marxista, que tiende a potenciar, como fuerza neutralizadora de cualquier otra en la evolución de la historia humana, la encarnada por los factores económicos”<sup>39</sup>. Si dejamos aparte la simplificación que del marxismo hacía entonces Carlos Seco y la descalificación en bloque de la historiografía influida por la obra de Marx, sin tomar en cuenta sus diferentes formas<sup>40</sup>, su reivindicación de la biografía como un género historiográfico mostraba una novedad destacable. En efecto, a lo largo del siglo XX, junto la antigua diferencia entre biografía e historia, empezó a darse también un modo de concebir la biografía como género historiográfico, al principio sobre todo entre los historiadores interesados en el estudio de los acontecimientos políticos y en el movimiento de las ideas. Para Carlos Seco, que había dedicado buena parte de su trabajo a la historia política de España, “el auténtico historiador no puede prescindir de la biografía para serlo plenamente”, pero la biografía a cambio debía tener un carácter científico, “porque es cierto que el género biográfico puede ser una absoluta banalidad si no lo aborda un auténtico historiador”<sup>41</sup>. Tampoco la biografía debía confundirse con el ensayismo. La “biografía científica” partía de una búsqueda documental exhaustiva y estaba atenta al tiempo del individuo, a los modos de vida de su época, a las “circunstancias” de que hablaba Ortega. Para Carlos Seco la obra de Jesús Pabón sobre Cambó brinda “el más brillante cuadro de nuestra vida política del siglo XX” y el libro de Joaquim Fest sobre Hitler proporciona “las dos razones que abonan el interés de un concreto estudio biográfico del personaje Hitler: su carácter polarizador de una serie de reacciones, de ideas, pasiones y sentimientos generalizados en su medio y en su tiempo; y la peculiar inflexión que, partiendo de ellos, iba a dar a la marcha política de Europa y del mundo. Algo parecido cabría decir de otro alemán muy anterior a Hitler: Martín Lutero”<sup>42</sup>.

Las razones expuestas por Carlos Seco a favor de la biografía como género historiográfico son muy distintas de las que hoy pueden darse. La variedad de formas de entender la unión entre ambos géneros o de incluir los relatos de vida en la historia se ha ampliado considerablemente desde los años setenta<sup>43</sup>, pero tal vez lo más llamativo sea el cambio radical de

---

<sup>39</sup> Carlos Seco, “La biografía como género historiográfico”, en AA.VV., *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, Publicaciones de la Fundación Juan March, 1976, p. 108.

<sup>40</sup> La obra de E. H. Thompson, en las antípodas de cualquier determinismo económico, está llena de personajes procedentes de ese otro mundo por el que apenas se interesaba entonces la historia política e incluso la historia social, no en vano, como indica en el prefacio de *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra* (1963), Barcelona, Crítica, vol. I, p. XVII: “Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al ‘obsoleto’ tejedor en telar manual, al artesano ‘utópico’, e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad”. En 1955 Thompson había publicado un libro, revisado en 1976, con el título *William Morris. De romántico a revolucionario*, València, IVEI, 1988.

<sup>41</sup> Carlos Seco, *op.cit.*, p. 107.

<sup>42</sup> *Ibidem*, pp. 111-115.

<sup>43</sup> Vid. los trabajos incluidos en el dossier “Historians and Biography”, *The American Historical Review*, vol. 114, num.3 (junio 2009), en especial la introducción de David Nasaw, pp. 573-578, y los artículos de Lois W. Banner, “Biography as History”, pp. 579-586, y Alice Kessler, “Why Biography?”, pp. 625-630;

perspectiva. Los usos de la biografía han variado y se relacionan con otras formas de concebir la investigación histórica. Los nuevos usos de la biografía en la historia social y cultural han sido objeto de estudio y no es casual que Giovanni Levi estuviera a la cabeza de ese hasta entonces insólito interés<sup>44</sup>. Poco antes, el autor de *L'eredità immatériale* había observado de cerca una pequeña sociedad y reconstruido las vicisitudes biográficas de muchos de sus habitantes. Su manera de concebir el análisis histórico y el comportamiento social trajo un nuevo uso de la biografía, pero había otros y el propio Levi los menciona en su artículo. En las últimas décadas, la utilización de la biografía como instrumento de conocimiento histórico ha seguido múltiples caminos y suscitado nuevas reflexiones, como las de Sabina Loriga<sup>45</sup> y Jacques Revel<sup>46</sup>. No puedo ahora tratar por extenso esa variedad de enfoques y, en consecuencia, me limitaré a unas cuantas muestras del cambio que ha tenido lugar.

Los dos volúmenes de Ian Kershaw sobre Hitler, como el propio autor indica en el prefacio, son el resultado del intento de “unir, mediante el instrumento de una biografía de Hitler, los elementos personales y los impersonales en el desarrollo de algunos de los pasajes más importantes de toda la historia humana”. Aquello que le interesa al autor no es la personalidad del hombre que tuvo en sus manos el destino de Alemania entre 1933 y 1945, sino cómo fue posible Hitler, es decir cómo obtuvo el poder y lo amplió hasta hacerlo absoluto, con la obediencia acrítica de mariscales de campo e incluso de profesionales capacitados e inteligencias agudas de todos los sectores de la sociedad alemana. La clave de esa cuestión no está en primer lugar en la personalidad de Hitler, sino que ha de buscarse sobre todo en las motivaciones políticas y sociales de quienes colaboraron en la creación de Hitler. De ahí que el objetivo sea “investigar esas motivaciones y fundirlas con la aportación personal de Hitler”, para lo cual es tan necesario el punto de vista de la biografía como el de la historia social<sup>47</sup>. De un modo distinto, Peter Fritzsche trata de entender cómo fue posible la transformación de los alemanes en nazis y sitúa su investigación en el “giro cultural” de las dos últimas décadas en el estudio del comportamiento humano y asimismo en la línea de la atención prestada por algunos trabajos recientes a cómo el nazismo se construyó de manera activa desde abajo. Para ello presta una gran atención a un material valiosísimo, las cartas y los diarios, un género autobiográfico este último que los propios nazis fomentaron en los campos comunitarios de trabajo. Tal vez, nos dice, no se trate de fuentes representativas, “pero son

---

y en *The Journal of Interdisciplinary History*, XL, 3 (invierno 2010), en particular Robert I. Rotberg, “Biography and Historiography: Mutual Evidentiary and Interdisciplinary Considerations”, pp. 305-324, Lucy Riall, “The Shallow End of History? The Substance and Future of Political Biography”, pp. 375-397, Stanley Wolpert, “Biography as History: A Personal Reflection”, pp. 399-412, y Susan Ware, “Writing Women’s Lives: One Historian’s Perspective”, pp. 413-435.

<sup>44</sup> Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, *Annales ESC*, vol. 44, num. 6 (noviembre-diciembre 1989), pp. 1325-1336.

<sup>45</sup> Sabina Loriga, “La biographie comme problème”, e Jacques Revel, dir., *Jeux d’échelles...op.cit.*, pp. 209-231.

<sup>46</sup> Jacques Revel, “La biographie comme problème historiographique”, en Hans Erich Bödeker, comp., *Biographie schreiben*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2003, pp. 329-348, reproducido en Jacques Revel, *Un momento histórico...*, op.cit. pp. 217-228.

<sup>47</sup> Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, pp. 10-11. El volumen segundo cubre el periodo 1936-1945.

reveladoras, y las he usado ampliamente porque de algún modo recogen las conversaciones que los alemanes tenían entre sí, dan cuenta de los miedos, los deseos y las reservas de la gente de la época, y nos muestran de qué modo ajustaron las palabras y los conceptos del nacionalsocialismo a la vida cotidiana”<sup>48</sup>.

La biografía de los “grandes hombres” también ha experimentado un cambio sustancial en los últimos años y no sólo por el relieve historiográfico dado ahora a las “grandes mujeres”. El estudio llevado a cabo por Lucy Riall constituye una nueva aproximación a Garibaldi sobre la base de una utilización distinta de las fuentes de la vida de un “gran hombre”. La intención no es establecer una distinción entre vida real y vida imaginada, sino estudiar el imaginario garibaldino que tanta importancia tuvo en la construcción de la identidad nacional de Italia. Por ese motivo, varios tipos de fuentes adquieren una gran relevancia para el análisis histórico: publicaciones efímeras y biografías extravagantes de la época de Garibaldi, materiales visuales, literatura etc. “We will never be able fully to recover Garibaldi’s life, but we can aim for a better understanding of his significance and appeal”<sup>49</sup>. Por su parte, la biografía de Isabel II no es para Isabel Burdiel un mero auxiliar de la historia general, sino una forma de hacer historia para ofrecer una perspectiva diferente, capaz de suscitar nuevas preguntas sobre el problema del poder real, sus límites y sus formas posibles de ejercicio durante el periodo de ruptura con el Antiguo Régimen y de consolidación del liberalismo. En su opinión, el comportamiento de la monarquía durante dicho periodo, y el de su entorno respecto a ella, no se entiende sin tomar en cuenta “las consecuencias político-culturales del hecho de que el primer monarca español plenamente constitucional fuese una mujer”. Como tal iba a ser tratada por la opinión pública del momento y ello tuvo efectos decisivos. La autora estudia los intereses y las contradicciones de los grupos implicados en la manipulación política de la figura de la reina y el resultado desastroso de su conversión en espectáculo social de cara a la legitimidad simbólica de la monarquía. La mezcla entre vida íntima y vida pública, negocios y política, en el caso de la reina y su familia, acentuaron el conflicto entre los distintas facciones liberales y dentro mismo del moderantismo<sup>50</sup>.

En todos esos enfoques la biografía y la historia no aparecen como géneros distintos, al contrario van unidas hasta el punto de que la simbiosis empieza a tener un nombre propio: *biografía histórica*. Sea cual sea la opinión sobre ese nuevo género, lo cierto es que hemos pasado de una radical diferenciación entre biografía e historia a la estrecha relación entre ambas por la que hoy abogan muchos historiadores. Los usos diversos de la biografía en la historia, las diferentes formas de concebir la biografía como género historiográfico, ponen de relieve una transformación en el modo de

---

<sup>48</sup> Peter Fritsche, *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2009, pp.14-17.

<sup>49</sup> Lucy Riall, “The Shallow End of History?...”, *op. cit.*, pp. 386-394; *Garibaldi: Invention of a Hero*, New Haven, 2007.

<sup>50</sup> Isabel Burdiel, *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa Calpe, 2004, pp. 22-34; “La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica”, en Isabel Burdiel, Manuel Pérez Ledesma, coords., *Liberales, agitadores y conspiradores*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 17-47; “Biografía, biografía de reyes: Isabel II como problema”, en J.C. Davis, Isabel Burdiel, eds., *El otro, el mismo...*, *op.cit.*, 141-175;

concebir una y otra que ha hecho posible dicho cambio. La biografía por la que cada vez más se interesan los historiadores en nuestros días no guarda relación con las muy antiguas *vidas* ejemplares o con la biografía a mayor gloria del personaje, ni con la de los “grandes hombres” en la dirección correcta marcada por “el movimiento de la humanidad” o que se correspondían con “el espíritu de una época”, ni con la biografía que prescinde de los acontecimientos de interés histórico para dar cuenta sólo de la trayectoria del individuo. A cambio, los historiadores que hacen uso del enfoque biográfico han dejado atrás toda una forma de explicación de los hechos históricos, con diversas variantes, a partir únicamente de las fuerzas impersonales y de los agentes colectivos, y en su esfuerzo por entender mejor lo ocurrido, es decir de un modo menos simple, dan importancia a la vida de toda clase de individuos. La inclusión de la biografía en la historia, de los relatos de vida en la escritura de la historia, ha sido posible gracias a esa doble transformación, pero dicha inclusión no está exenta de problemas, al menos para aquellos historiadores críticos con el ingenuo entusiasmo de otros colegas.

La inclusión de la biografía en la historia, de los relatos de vida en la escritura de la historia, el auge en definitiva de la llamada “biografía histórica”, muestra un interés doble y compatible por la vida de los individuos y por la comprensión y explicación de los hechos históricos. Semejante integración ha sido posible porque la manera de concebir una y otra, y las relaciones entre ambas, cambiaron de modo sustancial, tal y como he intentado poner de relieve en este texto. De entre la variedad de usos o formas de inclusión de la biografía en la historia me interesan sobremanera aquellas que más se alejan de concebir las trayectorias de los individuos y los procesos históricos como si fueran dos ámbitos yuxtapuestos, con una coherencia intrínseca u “objetiva” y de un modo rectilíneo. Frente al tradicional dualismo individuo-sociedad, podemos tomar en consideración la subjetividad y creatividad humanas, y asimismo abordar la experiencia desde la organización económica y social, el papel de la cultura, la vertiente política, en definitiva desde todo aquello que trasciende la vida del individuo, le condiciona en cierto modo y perdura más que su persona. A diferencia de la unidad de sentido implícita en el sujeto individual o colectivo, que muchos biógrafos o historiadores dan por sentado, y del despliegue lineal en el tiempo de las respectivas trayectorias, las múltiples representaciones de la experiencia y las diversas formas de racionalización de la misma, cuando se trata del actor o del testigo pero también del historiador, muestran algo bien distinto. La fragmentación, la discontinuidad, la contradicción y un cierto margen de indeterminación, mayor o menor según los casos, forman parte consustancial de las trayectorias individuales y colectivas, por lo que no deberían quedar fuera de la escritura de la historia.

Valencia, 5 de febrero de 2010